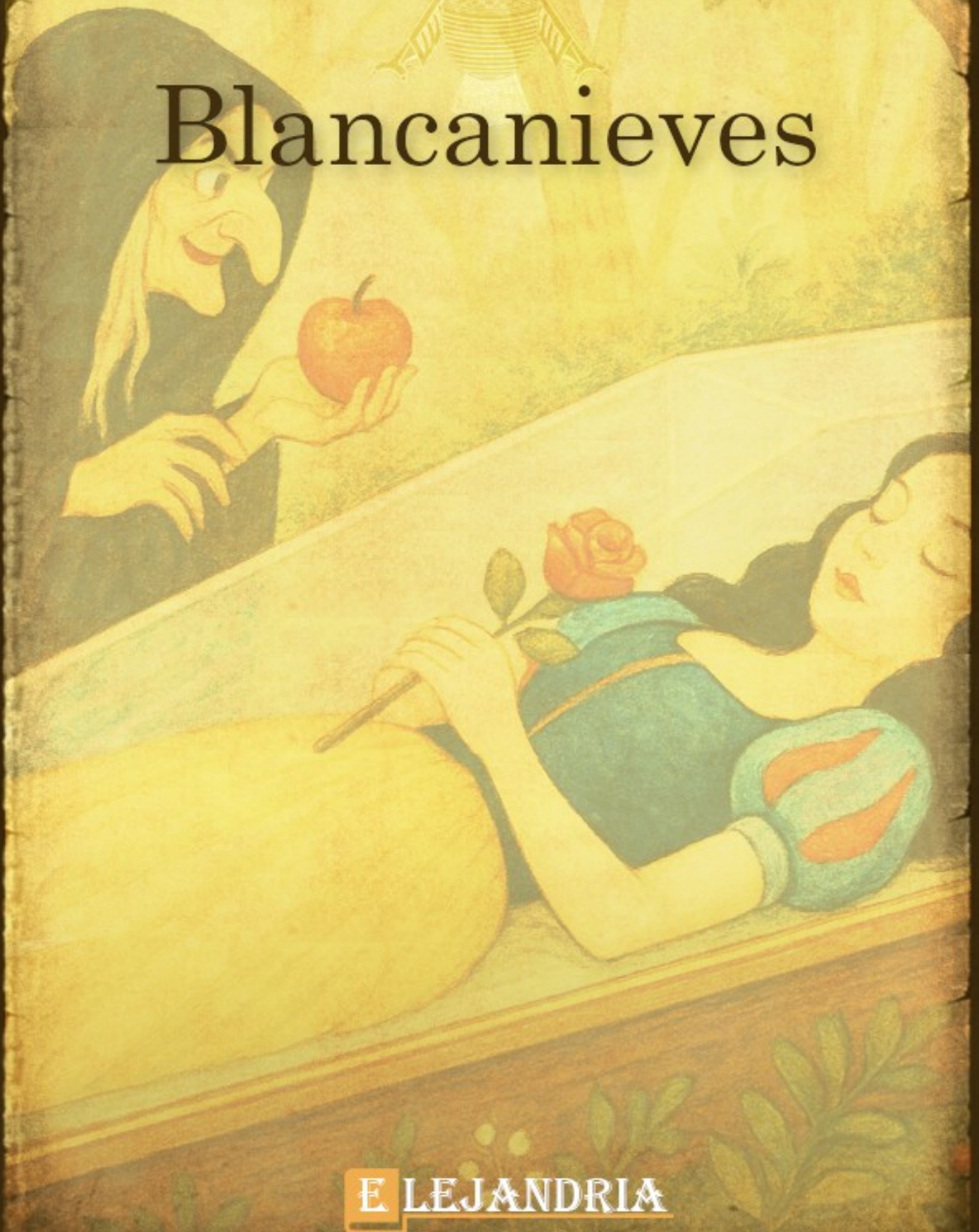


Hermanos Grimm

Blancanieves



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

BLANCANIEVES

HERMANOS GRIMM

PUBLICADO: 1812
FUENTE: DE.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

BLANCANIEVES

Érase una vez, en pleno invierno, cuando los copos de nieve caían del cielo como plumas, una reina que estaba sentada cosiendo junto a una ventana con marco de ébano negro. Y mientras cosía y miraba la nieve, se pinchó el dedo con la aguja y tres gotas de sangre cayeron en la nieve. Y como el rojo resaltaba tan hermosamente sobre el blanco de la nieve, pensó para sí: «¡Ojalá tuviera una hija tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre y tan negra como la madera de este marco!». Poco después tuvo una hijita que era tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre y con el cabello tan negro como el ébano, y por eso la llamaron Blancanieves. Y en cuanto nació la niña, la reina murió.

Al cabo de un año, el rey tomó otra esposa. Era una mujer hermosa, pero orgullosa y arrogante, y no podía soportar que nadie la superara en belleza. Tenía un espejo maravilloso; cuando se ponía delante de él y se miraba, decía:

«Espejito, espejito en la pared,
¿quién es la más bella de todo el país?»

Y el espejo respondía:

«Señora reina, vos sois la más bella del país.»

Entonces ella quedaba satisfecha, pues sabía que el espejo decía la verdad.

Pero Blancanieves crecía y se hacía cada vez más hermosa, y cuando cumplió siete años, era tan bella como la luz del día y más hermosa que la

propia reina. Cuando esta preguntó una vez a su espejo:

«Espejito, espejito en la pared,
¿quién es la más bella de todo el país?»

Él respondió:

«Señora reina, vos sois la más bella aquí,
pero Blancanieves es mil veces más bella que vos.»

Entonces la reina se asustó y se puso amarilla y verde de envidia. Desde aquel momento, cada vez que veía a Blancanieves, el corazón se le revolvía en el pecho, tanto odiaba a la muchacha. Y la envidia y el orgullo crecían en su corazón como la mala hierba, cada vez más altos, de modo que ya no tenía sosiego ni de día ni de noche. Entonces llamó a un cazador y le dijo: «Lleva a la niña al bosque, no quiero volver a verla. Debes matarla y traerme sus pulmones y su hígado como prueba». El cazador obedeció y se la llevó, pero cuando desenvainó su cuchillo de caza para atravesar el inocente corazón de Blancanieves, ella empezó a llorar y dijo: «¡Ay, querido cazador, déjame vivir! Correré hacia el bosque salvaje y no volveré jamás a casa». Y como era tan hermosa, el cazador sintió lástima y dijo: «Pues corre, pobre niña». «Las fieras salvajes te devorarán pronto», pensó él, pero aun así sintió como si le hubieran quitado una piedra del corazón al no tener que matarla. Y justo cuando apareció un joven jabalí saltando, lo mató, le sacó los pulmones y el hígado y se los llevó a la reina como prueba. El cocinero tuvo que cocerlos en sal, y la malvada mujer se los comió, creyendo que había comido los pulmones y el hígado de Blancanieves.

Ahora la pobre niña estaba completamente sola en el gran bosque, y sintió tanto miedo que miraba todas las hojas de los árboles y no sabía qué hacer. Entonces echó a correr y corrió sobre piedras puntiagudas y a través de espinos, y las fieras salvajes pasaban saltando a su lado, pero no le hacían nada. Corrió mientras sus pies pudieron aguantar, hasta que casi anochecía; entonces vio una casita pequeña y entró para descansar. En la casita todo era pequeño, pero tan primoroso y limpio que no se puede describir. Había una mesita cubierta con un mantel blanco, con siete platitos pequeños, cada platito con su cucharita, además siete cuchillitos y tenedorcitos, y siete vasitos. Junto a la pared había siete camitas, una al lado de la otra, cubiertas con sábanas blancas como la nieve. Blancanieves, como tenía tanta hambre y

sed, comió un poco de verdura y pan de cada platito, y bebió una gota de vino de cada vasito, pues no quería quitárselo todo a uno solo. Después, como estaba tan cansada, se acostó en una camita, pero ninguna le encajaba; una era demasiado larga, la otra demasiado corta, hasta que finalmente la séptima fue la adecuada; y allí se quedó, se encomendó a Dios y se durmió.

Cuando ya estaba completamente oscuro, llegaron los dueños de la casita; eran los siete enanitos que picaban y excavaban en busca de mineral en las montañas. Encendieron sus siete lamparitas y, cuando se hizo la luz en la casita, vieron que alguien había estado allí, pues no todo estaba en el mismo orden en que lo habían dejado. El primero dijo: «¿Quién se ha sentado en mi sillita?». El segundo: «¿Quién ha comido de mi platito?». El tercero: «¿Quién ha cogido de mi panecillo?». El cuarto: «¿Quién ha comido de mi verdurita?». El quinto: «¿Quién ha pinchado con mi tenedorcito?». El sexto: «¿Quién ha cortado con mi cuchillito?». El séptimo: «¿Quién ha bebido de mi vasito?». Entonces el primero miró a su alrededor y vio que en su cama había una pequeña hendidura, y dijo: «¿Quién ha pisado mi camita?». Los otros vinieron corriendo y exclamaron: «¡En la mía también ha estado alguien tumbado!». Pero el séptimo, al mirar en su cama, vio a Blancanieves, que yacía allí dormida. Entonces llamó a los demás, que acudieron corriendo y gritaron de asombro, cogieron sus siete lamparitas e iluminaron a Blancanieves. «¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!», exclamaron, «¡qué hermosa es esta niña!». Y sintieron tanta alegría que no la despertaron, sino que la dejaron seguir durmiendo en la camita. El séptimo enano durmió con sus compañeros, una hora con cada uno, y así pasó la noche.

Cuando amaneció, Blancanieves se despertó y, al ver a los siete enanitos, se asustó. Pero ellos fueron amables y le preguntaron: «¿Cómo te llamas?». «Me llamo Blancanieves», respondió ella. «¿Cómo has llegado a nuestra casa?», continuaron los enanos. Entonces ella les contó que su madrastra había querido matarla, pero que el cazador le había perdonado la vida, y que había corrido todo el día hasta que finalmente encontró su casita. Los enanos dijeron: «Si quieres encargarte de nuestra casa, cocinar, hacer las camas, lavar, coser y hacer punto, y mantenerlo todo ordenado y limpio, puedes quedarte con nosotros y no te faltará de nada». «Sí», dijo Blancanieves, «de todo corazón», y se quedó con ellos. Les mantenía la casa en orden: por las mañanas iban a las montañas a buscar mineral y oro, por las

tardés regresaban, y entonces su comida debía estar lista. Durante el día, la muchacha estaba sola; entonces los buenos enanitos la advirtieron diciendo: «Cuidate de tu madrastra, pronto sabrá que estás aquí; no dejes entrar a nadie».

Pero la reina, después de creer que había comido los pulmones y el hígado de Blancanieves, no pensaba otra cosa sino que volvía a ser la primera y la más bella de todas, se puso delante de su espejo y dijo:

«Espejito, espejito en la pared,
¿quién es la más bella de todo el país?»

Entonces el espejo respondió:

«Señora reina, vos sois la más bella aquí,
pero Blancanieves, sobre las montañas,
con los siete enanitos,
es todavía mil veces más bella que vos.»

Entonces se asustó, pues sabía que el espejo no mentía, y se dio cuenta de que el cazador la había engañado y que Blancanieves seguía viva. Y entonces pensó y repensó de nuevo cómo matarla; pues mientras ella no fuera la más bella de todo el país, la envidia no le daba tregua. Y cuando finalmente ideó algo, se pintó la cara y se vistió como una vieja vendedora ambulante, quedando completamente irreconocible. Con esta apariencia, cruzó las siete montañas hasta los siete enanitos, llamó a la puerta y gritó: «¡Hermosas mercancías a la venta! ¡A la venta!». Blancanieves se asomó por la ventana y gritó: «¡Buenos días, querida señora! ¿Qué tiene para vender?». «Buena mercancía, hermosa mercancía», respondió ella, «lazos de todos los colores», y sacó uno que estaba trenzado de seda multicolor. «A esta mujer honrada puedo dejarla entrar», pensó Blancanieves, descorrió el cerrojo de la puerta y compró el bonito lazo. «Niña», dijo la anciana, «¿cómo vas! Ven, te ataré bien el lazo de una vez». Blancanieves no sospechó nada, se puso delante de ella y se dejó atar con el nuevo lazo; pero la anciana ató deprisa y tan fuerte que a Blancanieves le faltó el aliento y cayó como muerta. «Ahora has sido la más bella», dijo ella, y salió apresuradamente.

No mucho después, al anoecer, llegaron los siete enanitos a casa, pero ¡qué susto se llevaron al ver a su querida Blancanieves yaciendo en el sue-

lo! No se movía ni respiraba, como si estuviera muerta. La levantaron y, al ver que estaba demasiado apretada, cortaron el lazo en dos; entonces empezó a respirar un poco y, poco a poco, volvió a la vida. Cuando los enanos oyeron lo que había sucedido, dijeron: «La vieja vendedora no era otra que la malvada reina; ten cuidado y no dejes entrar a nadie si no estamos contigo».

Pero la malvada mujer, al llegar a casa, se puso delante del espejo y preguntó:

«Espejito, espejito en la pared,
¿quién es la más bella de todo el país?»

Él respondió como de costumbre:

«Señora reina, vos sois la más bella aquí,
pero Blancanieves, sobre las montañas,
con los siete enanitos,
es todavía mil veces más bella que vos.»

Cuando oyó esto, toda la sangre se le subió al corazón, tanto se asustó, pues vio claramente que Blancanieves había vuelto a la vida. «Ahora sí», dijo ella, «inventaré algo que te destruya», y con artes de brujería, que dominaba, hizo un peine venenoso. Luego se disfrazó y adoptó la apariencia de otra anciana. Así fue sobre las siete montañas hasta los siete enanitos, llamó a la puerta y gritó: «¡Buena mercancía a la venta! ¡A la venta!». Blancanieves se asomó y dijo: «Siga su camino, no puedo dejar entrar a nadie». «Pero mirar sí te estará permitido», dijo la anciana, sacó el peine venenoso y lo sostuvo en alto. A la niña le gustó tanto que se dejó engañar y abrió la puerta. Cuando se pusieron de acuerdo en la compra, la anciana dijo: «Ahora te peinaré como es debido». La pobre Blancanieves no pensó en nada malo y dejó hacer a la anciana, pero apenas le había puesto el peine en el pelo, cuando el veneno actuó y la muchacha cayó sin sentido. «Tú, dechado de belleza», dijo la malvada mujer, «ahora se acabó para ti», y se fue. Pero por suerte, pronto anocheció, cuando los siete enanitos llegaron a casa. Al ver a Blancanieves yaciendo en el suelo como muerta, sospecharon inmediatamente de la madrastra, buscaron y encontraron el peine venenoso; y apenas lo hubieron sacado, Blancanieves volvió en sí y contó lo sucedido.

Entonces la advirtieron una vez más que estuviera alerta y no abriera la puerta a nadie.

La reina se puso en casa delante del espejo y dijo:

«Espejito, espejito en la pared,
¿quién es la más bella de todo el país?»

Él respondió, como antes:

«Señora reina, vos sois la más bella aquí,
pero Blancanieves, sobre las montañas,
con los siete enanitos,
es todavía mil veces más bella que vos.»

Cuando oyó al espejo hablar así, tembló y se estremeció de ira. «¡Blancanieves debe morir!», gritó, «¡aunque me cueste la vida!». A continuación, fue a una cámara muy oculta y solitaria, donde nadie entraba, y allí hizo una manzana venenosa, muy venenosa. Por fuera parecía hermosa, blanca con mejillas rojas, de modo que cualquiera que la viera sentía deseos de ella, pero quien comiera un trocito, debía morir. Cuando la manzana estuvo lista, se pintó la cara y se disfrazó de campesina, y así cruzó las siete montañas hasta los siete enanitos. Llamó a la puerta, Blancanieves asomó la cabeza por la ventana y dijo: «No puedo dejar entrar a nadie, los siete enanitos me lo han prohibido». «A mí también me parece bien», respondió la campesina, «ya me desharé de mis manzanas. Toma, te regalo una». «No», dijo Blancanieves, «no puedo aceptar nada». «¿Tienes miedo del veneno?», dijo la anciana, «mira, corto la manzana en dos partes; tú come la mejilla roja, yo comeré la blanca». Pero la manzana estaba hecha con tanta astucia que solo la mejilla roja estaba envenenada. Blancanieves codició la hermosa manzana, y cuando vio que la campesina comía de ella, no pudo resistirse más, extendió la mano y tomó la mitad venenosa. Pero apenas tuvo un bocado en la boca, cayó muerta al suelo. Entonces la reina la contempló con ojos horribles, rio a carcajadas y dijo: «¡Blanca como la nieve, roja como la sangre, negra como el ébano! Esta vez los enanos no podrán despertarte de nuevo». Y cuando en casa preguntó al espejo:

«Espejito, espejito en la pared,

¿quién es la más bella de todo el país?»

Él respondió finalmente:

«Señora reina, vos sois la más bella del país.»

Entonces su envidioso corazón encontró la paz, tanta paz como puede tener un corazón envidioso.

Los enanitos, cuando llegaron a casa por la noche, encontraron a Blancanieves yaciendo en el suelo, y ya no salía aliento de su boca, y estaba muerta. La levantaron, buscaron si encontraban algo venenoso, le desataron el lazo, le peinaron el cabello, la lavaron con agua y vino, pero nada sirvió; la querida niña estaba muerta y muerta se quedó. La pusieron sobre unas andas y se sentaron los siete a su alrededor y la lloraron, y lloraron durante tres días. Entonces quisieron enterrarla, pero todavía parecía tan fresca como una persona viva, y aún tenía sus hermosas mejillas rojas. Dijeron: «No podemos enterrarla en la tierra negra», e hicieron fabricar un ataúd transparente de cristal, para que se la pudiera ver por todos lados, la depositaron dentro y escribieron su nombre en él con letras doradas, y que era una princesa. Luego colocaron el ataúd en la montaña, y uno de ellos siempre se quedaba junto a él y lo vigilaba. Y los animales también vinieron y lloraron a Blancanieves, primero una lechuza, luego un cuervo, y por último una palomita.

Así yació Blancanieves mucho, mucho tiempo en el ataúd y no se descomponía, sino que parecía como si durmiera, pues seguía siendo tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre y con el cabello tan negro como el ébano. Sucedió, sin embargo, que un príncipe se adentró en el bosque y llegó a la casa de los enanos para pasar la noche. Vio el ataúd en la montaña, y a la hermosa Blancanieves dentro, y leyó lo que estaba escrito en él con letras doradas. Entonces dijo a los enanos: «Dejadme el ataúd, os daré lo que queráis por él». Pero los enanos respondieron: «No lo damos por todo el oro del mundo». Entonces él dijo: «Pues regaládmelo, porque no puedo vivir sin ver a Blancanieves, la honraré y la estimaré como a mi bien más preciado». Mientras hablaba así, los buenos enanitos sintieron compasión por él y le dieron el ataúd. El príncipe hizo entonces que sus sirvientes lo llevaran sobre los hombros. Pero sucedió que tropezaron con un arbusto, y con la sacudida, el trozo de manzana venenosa que Blancanieves había mordido salió de su garganta. Y no mucho después, abrió los ojos, levantó la tapa del

ataúd, se incorporó y volvió a estar viva. «¡Ay, Dios mío! ¿Dónde estoy?», exclamó. El príncipe, lleno de alegría, dijo: «Estás conmigo», y le contó lo que había sucedido y dijo: «Te quiero más que a nada en el mundo; ven conmigo al castillo de mi padre, serás mi esposa». Entonces Blancanieves le tomó cariño y fue con él, y su boda se organizó con gran pompa y magnificencia.

Pero a la fiesta también fue invitada la malvada madrastra de Blancanieves. Cuando se hubo ataviado con hermosos vestidos, se puso delante del espejo y dijo:

«Espejito, espejito en la pared,
¿quién es la más bella de todo el país?»

El espejo respondió:

«Señora reina, vos sois la más bella aquí,
pero la joven reina es mil veces más bella que vos.»

Entonces la malvada mujer lanzó una maldición, y sintió tanto miedo, tanto miedo, que no sabía qué hacer. Al principio no quería ir a la boda en absoluto, pero la inquietud no la dejaba en paz, tenía que ir y ver a la joven reina. Y cuando entró, reconoció a Blancanieves, y de miedo y terror se quedó allí parada sin poder moverse. Pero ya habían puesto unas zapatillas de hierro sobre brasas y las trajeron con tenazas y las colocaron delante de ella. Entonces tuvo que calzarse los zapatos al rojo vivo y bailar con ellos hasta que cayó muerta al suelo.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB